

LOS TRABAJOS AGRICOLAS

HESÍODO

Los trabajos y los días

Desnudo haz la siembra, desnudo labra, desnudo siega, si a su tiempo quieres recoger todo el trabajo de Deméter, para que cada fruto te crezca en su sazón, y no sea que más tarde, indigente, pordiosees por ajenas casas y nada consigas

Así fue como también ahora viniste a mí Pero yo no te daré ni te prestaré otra vez Trabaja, estulto Perses, en los trabajos que los dioses asignaron a los hombres, no sea que un día, con hijos y mujer, el corazón afligido, tengas que buscar sustento de vecino en vecino, mientras ellos de ti se desentienden Porque, dos o tres veces, quizá consigas algo, mas, si de nuevo importunas, ya nada lograrás, tú, por supuesto, mucho perorarás, y vanamente, más inútil será el tenor de tus palabras Ea, te insto a que pienses en el pago de tus deudas y en librarte del hambre

Lo primero de todo, hazte con vivienda, mujer y buey de arada —la mujer, adquirida, no casada, que pueda si es preciso seguir a los bueyes Y ten todos los enseres dispuestos en casa, para que no hayas de pedirlos a otro, él te los niegue, tú carezcas de ellos, la ocasión se pase y disminuya tu hacienda

No dejes nada para mañana, ni para pasado, no es el inútil en el trabajo quien llena su cabaña, ni el que lo difiere, la solicitud es la que aumenta la hacienda Siempre luchando está con desventuras el hombre que demora su faena

OTOÑO

Cuando la fuerza del punzante sol cesa en su fuego que sudores trae, mientras de otoñada manda sus lluvias Zeus prepotente, y se vuelve el cuerpo del hombre mucho más ligero —es entonces cuando la estrella Sirio, por encima de la cabeza de los mortales hombres, camina poco en el día, disfruta más, en cambio, de la noche— Entonces, más libre de carcoma está la floresta cortada por el hacha, sus hojas esparce por tierra y deja el bosque de brotar He aquí cuándo la leña has de cortar, recordando a su tiempo la faena

Corta mortero de tres pies, y una mano de tres codos, también un eje de siete pies así es como queda muy bien medido Y si es de ocho pies, puedes cortarlo sacando de él un mazo Corta rueda de tres cuartos para carreta de diez palmos Abundan los maderos curvos: lleva una cama, cuando la encuentres, a casa —buscando en la montaña y en llano—, y que sea de carrasca tal es para labrar con bueyes la más firme, luego que un servidor de Atenea la ha fijado en el dental del arado, y con clavos la aplica y adapta al timón

Tienes que hacerte dos arados, fabricándotelos en casa el simple y el compuesto, porque así es mucho mejor si el uno rompes, podrías poner el otro tras los bueyes

De laurel y de olmo son los timones que menos se carcomen, de encina, el dental, la cama, de carrasca

Adquiere dos bueyes novales machos, pues en estos el vigor no cede, que están en plenitud de lozanía, tales son para trabajar los mejores No son estos de los que se pelean en el surco, rompen el arado y dejan el trabajo sin fruto Que tras ellos vaya un varón cuadragenario, después de almorzar pan de cuatro cortes y ocho cuadros, que, atento a su tarea, lleve recto el surco y no haya de mirar en derredor a sus iguales, sino que ponga el corazón en la faena Nadie que fuera más joven que él, podría repartir mejor la semilla y evitar la sobresiembra Pues el jovenzuelo deja arrastrar el ánimo en pos de sus iguales

Fíjate cuando escuches la voz de la grulla, que de lo alto de las nubes su anual graznido envía —ella trae la señal de la labranza, y anuncia la época del invierno lluvioso, y muerde el corazón del hombre sin bueyes Entonces has de engordar bueyes de corvos cuernos que en casa estarán guardados Bien fácil es decir "Dame dos bueyes y uncarro" Y bien fácil negar diciendo "Tienen trabajo mis bueyes" El hombre rico en quimeras habla de hacerse un carro ¡Necio! No sabe aquello que cien son las piezas de un carro, y que de ellas, lo primero, cuidado ha de tener para reunir las en casa

Tan pronto como la sementera se descubra a los mortales, entonces es cuando tenéis que

dedicaros, tus criados y tú mismo, a labrar la gleba seca o húmeda, en el tiempo de labranza, muy de mañana, con premura, para que se colmen tus tierras. Ara en primavera, y si en verano es binada aquella, no te defraudará. Siembra el barbecho cuando aún esté esponjosa la tierra. El barbecho evita maldiciones y es buen contentador de niños.

Ruega a Zeus Infernal y a Deméter pura, que bien madurado carguen el sacro fruto de la diosa. tan pronto comiences la labranza, cuando, cogiendo en la mano la aijada, al extremo de la manquera, alcances el lomo de los bueyes que por la clavija del yugo van tirando del arado. Detrás de ti, que un mocito gañán, con una azada, procure fatiga a las aves, escondiendo semilla. El buen orden es lo más excelente para los mortales, el desorden, en cambio, funestísimo.

Así, con su pujanza las espigas se doblarán a tierra, si luego el propio Olímpico les otorga un fin fecundo, desterrarás de las vasijas las telarañas. Y espero que tú goces cogiendo de un sustento que está dentro de casa. Boyante llegarás a la blanca primavera, y no habrás de dirigir tu mirada a los demás, de ti, por el contrario, otro hombre se verá necesitado.

Si en el solsticio la tierra divina, sentado segarás, reuniendo poco en la mano, atando de frente, envuelto en polvo, sin alegría, llevarás las gavillas en un cesto, y pocos se quedarán mirándote.

Versátil es el pensamiento de Zeus egidiforo, difícil de entender por los hombres rendidos a la Muerte. Mas, si labrases tarde, esta puede ser la solución cuando el cuco canta, en las ramas de la encina, por vez primera, y deleita a los mortales, sobre la inacabable tierra, Zeus entonces llueva por tres días sin cesar, no sobrepasando el agua la pezuña del buey, ni bajando de ella. Así podrá igualar el labrador tardío al temprano. Conserva bien en tu mente todos mis consejos, y que no te sorprenda ni el advenir de la primavera blanca, ni el tiempo de las lluvias.

INVIERNO

En la estación invernal, cuando el frío aleja al hombre de trabajos, pasa de largo ante el asiento de la fragua y la soleada tertulia. Entonces, un varón emprendedor puede hacer grandes mejoras en su casa. Que la desesperanza de crudo invierno no te coja con pobreza, y con flaca mano tengas que oprimir hinchado pie.

El hombre inactivo que se aferra a una vana esperanza, mendigo de sustento, constantemente increpa a su corazón con maldiciones. Esperanza nada buena acompaña al varón menesteroso, que se está sentado en la tertulia, cuando los medios de vida no le llegan. Avisa a tus sirvientes, cuando aún esté mediado el estío. "No siempre será verano, haceos cabañas".

Guárdate del mes Leneón —¡malos días, que en todos ellos mueren bueyes!— y de las heladas que por tierra se extienden, punzantes, al soplo de Bóreas, el cual, a través de Tracia criadora de patros, sobre el ancho mar se lanza en tromba y lo encrespa, mientras mugen tierra y bosques.

Muchas son las encinas de altas copas, los abetos densos, que el ventarrón, cayendo en las hondonadas del monte, abate sobre la gleba fecunda, y toda silba entonces la inmensa selva.

Los animales tiritan, y ocultan su cola entre piernas —incluso aquellos cuya piel, con pelo, bien cubierta está también a ellos el cierzo los traspasa con sus soplos, aunque sean de peludos flancos, hasta por la piel del buen penetra, pues no lo evita. Y le llega a la cabra soplando por su largo pelo, no así a las ovejas, a las que, por tener abundante lana, no traspasa con sus soplos la fuerza del viento Norte, mas, al viejo, encorvado lo deja.

Y no llega con sus soplos a la doncellita de fina piel, la que dentro de casa, junto a su querida madre permanece, sin conocer aún los trabajos de la rica en oro—Afrodita—. Después de bañarse bien su tierno cuerpo y ungirlo con lustroso aceite, en plena intimidad va a acostarse en el hondón de su morada —un día invernal, cuando el pulpo su tentáculo roe en frío cubil y guaridas tristes no tiene sol que le muestre el pasto sobre el que se lance, sino que aquel ahora gira por cima del pueblo y ciudad de los hombres negros, y más tardíamente a los Griegos luce.

Y entonces, los silvestres astados y no astados, con lúgubre rechinar de dientes, escapan por tallares profundos. Todos en sus mientes anidan un cuidado dónde hallar el refugio que buscan, abrigados escondrijos, gruta entre rocas. Entonces, sí, los mortales se parecen al viejo, de espalda corva y cabeza inclinada al suelo, y a semejanza de él vagan eludiendo la nieve blanca.

He ahí el tiempo de vestirse algo que resguarde el cuerpo —como te indico—, una capa

suave y una larga túnica, en cadena espaciada se teje tupida trama con tal vestido debes envolverte, para que tus pelos no tiemblen ni se ericen, levantándose enhiestos por el cuerpo. En torno a los pies debes atar, bien ajustados, unos borceguíes de piel de buey sacrificado, forrándolos con fieltro por dentro.

Y cuando llegue el rigor invernal, de los primeros cabritos, cose pieles bien unidas con nervio de buey, para echártelas por la espalda, como un escudo contra la lluvia. Sobre la cabeza, te pondrás un pileo confeccionado, a fin de que las orejas no se empañen. Pues es fría la mañana, cuando azota el Norte, matinal, por la tierra, cayendo del cielo estrellado, una niebla fructífera se extiende por las labores de los afortunados. La que, nutriéndose de los ríos siempre fluyentes, elevada a lo alto, sobre la tierra, por borrasca de viento —unas veces provoca lluvia hacia la tarde, otras sopla en vendaval, mientras el tracio Bóreas empuja densos nubarrones.

Anticipándote a él, termina tu labor y a casa vuelve, no sea que un día, surgido del cielo, negro nubarrón te cubra todo y te deje mojado el cuerpo, empapándote por entero los vestidos.

Evítalo. Es este el mes más crudo, el tempestuoso, cruel para los rebaños, cruel para los hombres. Por entonces, dese media ración a los bueyes, sea mayor, en cambio, la del hombre. Compensan las largas noches.

Guardando estas normas, hasta cumplirse el año, adáptate a los días y a las noches, hasta que otra vez la tierra, madre de todos, produzca el fruto múltiple.

PRIMAVERA Y VERANO

Cuando Zeus, después de volverse el sol, completa sesenta días invernales, entonces, la estrella Arturo abandona la sagrada corriente del Océano, y brillando por vez primera en todo su esplendor, sale al terminar la noche. Tras ella, la cantarina hija de Pandión, la golondrina, se lanza en busca de la luz, mientras Primavera de nuevo se brinda a los hombres. Adelántate a ella, y poda tus vides. Así es mejor.

Mas, cuando el caracol suba de la tierra a las plantas, huyendo ante las Pléyades, ya no será tiempo de cavar las viñas, sino que se deben afilar las hoces y despertar a los criados, huir de los sombreados asientos, del sueño hasta el alba, en tiempo de siega, cuando el sol seca la piel. En esa época has de darte prisa, reunir el fruto en casa, en pie desde el amanecer, para que los medios de vida te sean suficientes.

La Aurora se adjudica la tercera porción del trabajo, la aurora lleva adelante en el camino, y adelante lleva también en la faena, Aurora, sí, que al despuntar pone en la senda a muchos hombres, y a muchos bueyes unce bajo el yugo.

Cuando el cardo florece, y la sonora cigarra, posada en el árbol difunde su agudo cantar insistente bajo las alas, en el tiempo del verano agotador, son entonces más pingües las cabras, y el vino excelente, más lascivas las mujeres y muy flojos los hombres, pues Sirio les quema la cabeza y rodillas, y se les seca la piel, del bochorno.

Tal es el momento. ¡qué venga la sombra en la roca, y el vino de Biblos, y el pan con la harina en su flor, y la leche de cabras que ya no son madres, y la carne de ternera cebada en los montes y aún no parida, o de cabritos primerizos! Y además, beber chispeante vino, sentado a la sombra, saciado de comida a placer, vuelta la cara frente a la brisa sutil, y de una fuente manantial, corriente y cristalina, verter tres partes de agua, la cuarta añadirla de vino.

Ordena a los criados que trillen en círculo el sacro fruto de Deméter, cuando por vez primera brille la fuerza de Orión, y en lugar expuesto al viento, en era bien redondeada. Luego de medirlo, guárdalo bien en vasijas. Después que hayas amontonado toda la cosecha, distribuida dentro de casa, te pido que te hagas con un jornalero sin hogar, y te busques una criada sin hijos —criada con prole es molesta—. Alimenta un mastín de afilados colmillos, sin ahorrarle comida, no sea que un individuo de los que duermen por el día se apodere de tu hacienda. Haz acopio de forraje y paja, para que tus bueyes y mulos los tengan siempre. Después de lo cual, deja que los siervos descansen sus rodillas y desunce los bueyes.

Cuando Orión y Sirio lleguen al centro del cielo, y Aurora de dedos rosados vea a Arturo —¡oh Perses!—, entonces corta todos los racimos y llévalos a casa. Exponlos al sol diez días y diez noches, y cinco ponlos a la sombra, mas, al sexto, sácalo, y viértelo en cántaros, el don de Dioniso que tanto deleita. Y una vez que Pléyades, Hiades y Fuerza de Orión se oculten, a partir de entonces acuérdate de la labranza en su sazón. ¡Y que el año en la tierra quede preparado!